

LA ÚLTIMA DECADA DEL SIGLO XVIII EN EL ÁMBITO NORIGIBALTAREÑO

Carlos Posac Mon

El 1 de enero de 1791, al iniciarse la última década del Siglo de las Luces, reinaba la paz en el ámbito geográfico norigibaltareño. Una paz alcanzada tras varios años de guerra cuando el 20 de enero de 1783 el conde de Aranda, sin contar con el beneplácito de la corte de Madrid, firmó un tratado en Versalles que ponía fin al conflicto bélico que enfrentaba a España con Gran Bretaña. Este acuerdo sería debidamente ratificado el 9 de septiembre del mismo año.

En el curso de la confrontación armada, durante largos meses el Peñón había sufrido un durísimo asedio por parte de tropas españolas y francesas, cuya artillería terrestre y marítima convirtió en un campo de ruinas el recinto urbano de la ciudad de Gibraltar.

Con el advenimiento de la paz fueron reanudándose paulatinamente las relaciones entre las gentes de Gibraltar y las del Campo de Gibraltar aunque, oficialmente, el gobierno español se mostraba poco dispuesto a favorecerlas y, por el contrario, dictaba normas encaminadas a limitar al máximo los contactos entre ambas comunidades. Las medidas más rigurosas obligaban a hacer una larga cuarentena a las embarcaciones de cualquier nacionalidad que hubieran anclado en aguas de Gibraltar y trataran después de hacer escala en un puerto hispano. El pretexto era que el Peñón podía ser un punto de entrada de las epidemias que con frecuencia asolaban el reino de Marruecos, de donde obtenían los gibraltareños abundantes suministros de víveres.¹

Con el inicio de la década comenzó su mandato como gobernador de Gibraltar el teniente general Sir Robert Boyd, quien siendo octogenario, emprendió su tarea con dinamismo juvenil. En el territorio español, el 1 de enero de 1791 ejercía el cargo de comandante general don Miguel Porcel y Manrique, conde de las Lomas.

¹ William G.F. Jackson, *The rock of the Gibraltarians*, Gibraltar 1990, pp. 180-1.

Sir Robert Boyd había nacido en 1710. Los primeros datos conocidos de su biografía lo situaban en 1740 en Mahón, capital de Menorca, ocupada entonces por los británicos. Se ganaba la vida como proveedor del ejército. Seguía con esta actividad en 1756, año en que la isla fue atacada por tropas francesas. Se distinguió entonces por un valeroso intento de llevar en un bote un mensaje del general Blakeney, gobernador de la sitiada Menorca, al almirante Byng que acudía en su ayuda con una pequeña flota.

Por éste y otros méritos, en 1758 fue incorporado al ejército con el grado de teniente coronel. Formó parte del contingente que en ese año fue enviado a Alemania a las órdenes del príncipe Fernando de Brunswick. En agosto de 1766 ascendió a coronel y el 25 de mayo de 1768 lo nombraron ayudante del gobernador de Gibraltar. Tomó parte activa en la defensa del Peñón durante el asedio entre 1779 y 1783 y se debió a sus consejos, el acierto en el fuego de los cañones que provocaron el fracaso de las famosas *baterías flotantes*. Pasados unos años, se le encomendó el gobierno de la plaza.²

Don Miguel Porcel y Manrique, conde de las Lomas, nació en 1720. Sirvió a Su Majestad durante 60 años, comenzando con la clase de cadete. En 1742 estuvo en la campaña de Italia, en los frentes de batalla de Saboya y Niza. Peleó en la de Portugal siendo sargento mayor, distinguiéndose en el asedio y toma de la ciudad de Almeida y en todas las funciones que se dieron hasta la firma de la paz.

Sirviendo de teniente coronel en el regimiento de Lombardía le nombró Su Majestad para formar el de América con el rango de coronel, y con él pasó a restablecer la disciplina militar en el reino de Nueva España. Cumplidos tres años, regresó a Europa con su regimiento, habiendo desempeñado la delicada y penosa comisión que le encomendaron con el mayor acierto y desinterés. Pasó luego a Santa Cruz de Tenerife y fue promovido a mariscal de campo. Desde 1789 desempeñaba el puesto de comandante general del Campo de Gibraltar. Sus méritos le valieron el título de caballero pensionado de la Real y Distinguida Orden de Carlos III.³

Soslayando las instrucciones restrictivas dictadas por las Reales Órdenes, ambos jefes mantenían una discreta relación epistolar, marcada por normas de mutua cortesía. No resultaba extraño, por tanto, que el 6 de diciembre de 1792 Boyd enviara una carta al conde.

MILITARES INGLESES DE GIBRALTAR VISITAN CEUTA

En la carta que el 6 de diciembre el gobernador del Peñón envió al comandante general del Campo de Gibraltar, lo calificaba de *estimado amigo y vecino*. En ella le decía que un sobrino suyo, el teniente coronel Auckeridge, había llegado de América y tenía grandes deseos de visitar la ciudad de Ceuta, en calidad de turista. Con tal motivo Boyd pedía al conde de las Lomas una recomendación para el gobernador de la plaza africana.

En aquel tiempo desempeñaba ese cargo el general Urrutia, un personaje inmortalizado por los pinceles de Goya en un cuadro conservado en el Museo del Prado. En carta de 15 de diciembre éste comunicó al secretario de Estado, conde de Campo Alange, que a las dos de la tarde del día anterior se acercó a la ribera ceutí una fragata de guerra inglesa que echó un bote al agua, y a su bordo vino un oficial con dos cartas, exigiendo una respuesta en el plazo de tres horas.

² *Dictionary of National Biography*, Oxford 1973.

³ *Gazeta de Madrid*. Nota necrológica de 8 de mayo de 1795.

Una de esas misivas era del conde de las Lomas, recomendándole al sobrino de Boyd y la otra la suscribía éste, confiando en que Urrutia prestaría urbana atención a su pariente, que viajaría a bordo de la fragata *Aquilón*, mandada por el capitán Stopford, comandante de la marina de Gibraltar. Irían como acompañantes el teniente coronel Moore, del regimiento 55, el conde Dalhovise, sargento mayor del regimiento de la Reina y el capitán Leith, uno de sus edecanes.

El gobernador ceutí dio una respuesta negativa, argumentando con urbanidad y discreción política, que en virtud de las Reales Órdenes no podía permitir el desembarco de nadie procedente de Gibraltar, sin que hiciera la oportuna cuarentena. Según comentó al conde, su desabrida respuesta se debía al temor de que el sobrino de Boyd fuera en realidad un espía y dados los graves defectos de las fortificaciones locales, convenía ocultarlos hasta que no se remediaran.

En la Corte de Madrid no debió parecer acertada la conducta de Urrutia y éste tuvo que rectificar su postura, permitiendo la visita del teniente coronel Auckeridge y de sus acompañantes. En carta del 29 de diciembre de 1792 a Manuel Godoy, duque de Alcudia y favorito del rey Carlos IV, le comunicaba que el 26 llegó a Ceuta un falucho de Rentas de Algeciras con tres oficiales ingleses recomendados por el conde de las Lomas. No encontrando excusas adecuadas para dejarlos de admitir, les dio permiso de desembarco y les obsequió en su casa en cuanto le fue posible, permitiéndoles fuesen de paseo poco antes de anochecer por la céntrica plaza de Africa y otros parajes que les podían dar pocos conocimientos de las fortificaciones de la ciudad. El día 27 los llevó a ver la parada militar y después de comer embarcaron con rumbo a Puente Mayorga.⁴

ESPAÑA DECLARA LA GUERRA A LA FRANCIA REVOLUCIONARIA

Las violencias desencadenadas por la Revolución Francesa obligaron a España a declarar la guerra al país vecino. La medida se tomó el 23 de marzo de 1793 y fue acogida con desbordado entusiasmo por la inmensa mayoría del pueblo español. Por doquiera se multiplicaban las ofertas de hombres, armas y dinero para la lucha contra los revolucionarios ultrapirenaicos. De ello daba testimonio en sus páginas el diario oficial *Gazeta de Madrid*. Recojo a continuación referencias al área campogibaltareña, indicando la fecha en que fueron publicadas.

En una lista de alistamientos voluntarios aparecía Algeciras con 27 inscritos (8 de marzo de 1793). El Campo de San Roque movilizaría 47 soldados, de los que 17 percibirían su salario gracias al concurso económico del vecindario (19 de marzo). Uno de sus habitantes, Juan de Torres, ofrecía su sueldo de 77 reales mensuales que cobraba como sargento distinguido (29 de marzo).

Don Elías de Torres, agregado al Estado Mayor de San Roque, cedía sus posesiones juntamente con las alhajas y dote de su esposa. Además estaba dispuesto a enrolarse en clase de granadero (23 de abril). Ese mismo día constaba que don Pedro Doz, comandante de los Resguardos del Campo de Gibraltar, junto con el administrador y el contador de Rentas del mismo distrito, ofrecían presentar cuatro hombres para el ejército, pagándoles cuatro reales diarios. Pasadas unas fechas de las dos ofertas precedentes, los vecinos hacendados de San Roque hacían nuevos ofrecimientos y colectivamente presentaban siete futuros combatientes. Los empleados del Resguardo Municipal, otros cuatro. Particularmente don José Pinazo, don Cristóbal de Torres y don Francisco Espínola ofrecían un voluntario cada uno, asignándole durante el curso de la guerra un sueldo diario de cuatro reales, siendo solamente a cargo de Su Majestad el pan y vestuario (30 de abril).

⁴ Archivo Histórico Nacional. Sección de Estado, legajo 4328.

Con la misma fecha se publicaban otras dos ofertas. Los vecinos de Los Barrios ofrecían tres voluntarios, siendo uno de ellos subvencionado por el presbítero don Miguel de los Santos. La segunda la patrocinaba don Juan Serrano de Lara y Muñoz, alférez mayor y capitán de Milicias de Tarifa, dispuesto a pagar cuatro reales diarios para la manutención de un voluntario. Además ofrecía su persona y su caudal en el caso de que se armase su compañía, compuesta de 100 hombres, manteniéndola *a pan y prest.* a sus expensas.

Don José Robledo, de San Roque presentaba a un hijo para que sirviera como un soldado distinguido y otros dos reclutas a su costa (21 de mayo). Don Antonio Portocarrero, administrador de las Rentas de Tabaco y Generales en San Roque, además de contribuir con los dependientes a su mando con cuatro reales diarios para cada uno de cuatro soldados que presentaban, él ofrecía su persona y un plantío de encinas que poseía en la ciudad cordobesa de Cabra (4 de junio).

Don Bartolomé Carvajal, teniente de Milicias Urbanas, cabo principal del Resguardo de Rentas de Algeciras aparte de contribuir con sus dependientes, dando 16 reales diarios para el alimento de cuatro soldados, prometía entregar 100 ducados anuales mientras durase la guerra (6 de julio). De la misma población don Antonio María de Cervantes, contador de la Renta del Tabaco, entregaba un crédito de más de 1.000 reales contra la Real Hacienda (12 de julio).

La campaña contra Francia comenzó en la primavera de 1793 con los mejores auspicios y los soldados españoles penetraron profundamente en territorio galo, en la región del Rosellón. Además, un destacamento acudió a la ciudad de Tolón.

LA BATALLA DE TOLÓN

Mientras las tropas de la Convención trataban de defender las fronteras amenazadas por ejércitos invasores, algunas ciudades se alzaron a favor de la monarquía. Una de ellas fue Tolón, principal base naval de la costa francesa del Mediterráneo, en la que estaba concentrada buena parte de la flota nacional. Los rebeldes solicitaron la ayuda de Inglaterra y España.

Con el fin de socorrerlos, los británicos concentraron en Gibraltar las siguientes fragatas, con indicación de nombres de capitanes, piezas de artillería y en dos casos, número de tripulantes: *Juno*, mandada por el almirante Samuel Hood, con 32 cañones y 250 hombres, *Releagar*, mandada por el conde de Filer e igual artillería, *Amable*, mandada por el conde de Buremait, *Tártaro*, con 28 cañones, y mandada por el capitán Facmanlle y *Amphitrite* 24 cañones, mandada por el capitán Hunt y 200 tripulantes. Estas naves tomaron a bordo dos regimientos de la guarnición local al mando del general Charles O'Hara, lugarteniente de Boyd.

Charles O'Hara había nacido en 1740 como bastardo de una familia aristocrática. Con 12 años de edad ingresó de corneta en un regimiento de húsares. Peleó en Alemania y en Portugal. Estuvo en el Senegal y luego pasó a América. Teniendo ya el rango de brigadier tomó parte en las luchas contra los rebeldes separatistas americanos, sufriendo dos graves heridas. El 19 de octubre de 1781 cayó prisionero de ellos en Yorktown y no lo liberaron hasta marzo de 1782. Volvió a Inglaterra y obtuvo el grado de coronel. Con el grado de general pasó a Gibraltar en 1787.

Las cinco fragatas, junto con otras naves de menor tonelaje zarparon con rumbo a levante, y el 22 de junio se presentaron frente a Málaga. El almirante Hood hizo llegar una carta al gobernador de la ciudad en la que le decía que Su Majestad británica, como aliada de España, Portugal, Nápoles y Cerdeña le había conferido el mando de la escuadra del Mediterráneo y se tomaba la libertad de enviar algunas embarcaciones pequeñas a la costa para hacer aguada con urgencia, pues tenía que llegar a Tolón lo antes posible.⁵

⁵ A.H.N., sección de Estado, legajo 4329.

La empresa de Tolón terminó con resultado adverso para los aliados que tuvieron que evacuar la ciudad a fines del año 1793. En el curso de la lucha con los republicanos cayó herido, y fue capturado prisionero el general O'Hara, que fue conducido a París y encerrado en la torre de Luxemburgo durante el reinado del Terror, hasta agosto de 1795 en que fue canjeado por el general Rochambeau.⁶

UNA BREVE ETAPA DE PAZ

La guerra contra Francia, iniciada con éxito, cambió totalmente de signo en 1794 y las tropas españolas sufrieron severas derrotas que permitieron a sus adversarios recuperar los territorios perdidos y avanzar profundamente en suelo español. Para poner fin al desastroso conflicto bélico, el 22 de julio de 1795 se firmó un tratado en Basilea y considerando que Manuel Godoy había sido artífice del convenio, fue gratificado por el rey con el pomposo título de Príncipe de la Paz.

Al concertarse el tratado, el vizconde de Armería era comandante general del Campo de Gibraltar y al otro lado de la frontera actuaba como gobernador interino el teniente general Charles Rainsford.

Pocos días antes de que se firmara el tratado, el 9 de julio, el vizconde contaba a Godoy que desde su llegada trataba de poner coto a las escandalosas actividades de los contrabandistas. Recientemente habían intentado robar la pólvora que se almacenaba en Torre Guadiaro y una de sus bandas condujo a Manilva a un soldado de Estepona y, poniéndolo en la plaza pública, lo maltrataron cruelmente.

Pandillas de contrabandistas entraban en los pueblos exigiendo cuanto apetezían para su comodidad y vicios. En cortijos y caseríos del campo hacían lo mismo, y si alguien se les oponía, lo mataban a escopetazos. Dada su osadía temía que atacaran San Roque.⁷

Pasado poco más de un año desde la firma del tratado de Basilea, el 18 de agosto de 1796 el gobierno de Carlos IV y la Convención concertaron el tratado de San Ildefonso que era casi una copia de los pactos de familia suscritos en tiempos precedentes por las dos ramas borbónicas. Este convenio convertía a España en un satélite de Francia y marcaba el inicio de una nueva confrontación armada con Gran Bretaña. Antes de que concluyera el año ya se habían iniciado las hostilidades entre españoles e ingleses, con la consiguiente incidencia preocupante en el área norgibraltareña.

En esta contienda que se prolongaría hasta el año 1802, en que se firmó la Paz de Amiens, por tácito acuerdo entre ambas partes no se registraron choques armados en el frente terrestre. No se disparó un solo cañonazo. Por el contrario, hubo constantes enfrentamientos en el palenque marítimo, interpretados principalmente por naves corsarias.

⁶ *Dictionary of National Biography*, Oxford 1973.

⁷ A.H.N., sección de Estado, legajo 517.

PELEAS CON LOS CORSARIOS FRANCESES EN TARIFA

En carta de 2 de enero de 1797 el gobernador militar de Tarifa, Pedro Lobo daba cuenta al comandante general del Campo de Gibraltar, que era entonces el marqués de Roben, de unos incidentes protagonizados por corsarios franceses y una multitud enfurecida que trataba de lincharlos.

El enfrentamiento tuvo lugar en la tarde del 31 de diciembre de 1796 cuando Lobo se encontraba en el ayuntamiento preparando unas elecciones para miembros de la Justicia y le llegó la noticia de que en el paraje denominado La Caleta se había suscitado una discusión entre unos marinos galos y otros tarifeños que se fue haciendo cada vez más violenta. Por casualidad, estaba allí presente el alcalde mayor, que intervino en el litigio dando grandes voces con palabras insultantes para todos los franceses, que fueron coreadas por la gente que se había concentrado allí, y en el arrebato general fue pisoteada con escarnio una escarapela con los colores de la bandera de Francia. Poco faltó para que la multitud enardecida diera muerte a los asustados corsarios extranjeros que fueron atados y conducidos a la cárcel local.

El *ciudadano* Fita, secretario del consulado francés de Cádiz se encontraba de visita en Tarifa y presentó una queja a Lobo, censurando la conducta del alcalde. En su comunicación a Roben, el gobernador comentaba que los corsarios forasteros cada vez eran más numerosos. Por lo general no se comportaban bien y el pueblo tarifeño los odiaba, considerando que hacían una competencia desleal a los corsarios de la matrícula local.⁸

UN ADMIRADOR REGIO DE LA CALIDAD DEL VINO DE JEREZ

Con fecha del primer día del año 1800, O'Hara, que desde el 30 de diciembre de 1795 era gobernador de Gibraltar, escribió una carta al comandante general del Campo de Gibraltar, cargo que entonces desempeñaba el conde de la Haye Saint Hilaire. Le decía en ella que el Príncipe de Gales había encargado al almirante Keith que le procurase un envío de vino de Jerez. Su Alteza Real había tenido ocasión de paladear tan exquisita bebida en un banquete que le ofrecieron hacia algunos años, teniendo como anfitrión a un caballero residente en Jerez de la Frontera apellidado White. Sir Charles expresaba su deseo de adquirir en su punto de origen seis botas de tan preciado néctar que bien podían remitirle desde Cádiz.

Ante tan insólita petición, el comandante general del Campo de Gibraltar, con fecha de 6 de enero pidió instrucciones a la Corte de Madrid. El 16 del mismo mes desde el Palacio Real se envió una nota al administrador de Correos de Jerez, Isidro Díaz, encomendándole la compra de seis botas del más exquisito vino y que, debidamente acondicionadas, las hiciera llegar al conde de la Haye Saint Hilaire. Se le decía que el rey Carlos IV enterado del deseo del príncipe inglés, daba su real permiso para tal encargo.

En carta del 24 del mismo mes dirigida al ministro Mariano Luis de Urquijo, Díaz decía que ya estaba preparado el envío del vino –calificándolo de exquisito– pero no era posible enviarlo por tierra al Campo de Gibraltar por ser los caminos intransitables, y por ello muy caro el transporte. Lo mejor sería pasar un oficio al comandante de marina, rogándole que proporcionara un buque de guerra con la misión de convoyar al navío que llevara a bordo tan preciosa carga a Algeciras, o bien se encargara del transporte esa misma nave de la Marina Real para que no lo interceptaran los corsarios.

El 30 de enero el conde enviaba un escrito al ministro. Comenzaba diciendo que procuraba evitar tratos con Gibraltar pero en todo momento intentaba mantener relaciones corteses con su gobernador, al que agradecía la generosidad con que trataba

⁸ A.H.N., sección de Estado, legajo 578.

a los prisioneros españoles pero procuraba ser prudente para que nadie pensara que había tratos secretos con el jefe británico en tiempos de guerra.

El 26 de febrero el administrador de Correos escribía de nuevo a Urquijo para comunicarle que, vencidas muchas dificultades debidas a violentos temporales y "a que están infestados estos mares de corsarios enemigos", al fin se habían entregado las seis botas a don Juan Fernández Becerra, teniente de navío y comandante del místico *Carmen*, encargándole su entrega en la aduana de Algeciras. Con fecha del 21 el marino había firmado un recibo en La Carraca, señalando que la preciada mercancía iba bien enfundada y acondicionada.

Finalmente, en carta de 7 de abril de 1800, el conde de la Haye Saint-Hilaire comunicaba a Urquijo que habían llegado las seis botas a Algeciras sin novedad y el místico *Carmen* las conduciría a Gibraltar.⁹

En párrafos precedentes se ha destacado la multitud de barcos corsarios que merodeaban por las aguas del Estrecho en los tiempos postreros del siglo XVIII. Concluyo mi Comunicación con un episodio protagonizado por uno de ellos.

UN CORSARIO ESPAÑOL CAPTURA UN BARCO DE GUERRA INGLÉS

Cuando faltaban pocas horas para que terminara el siglo XVIII y la década objeto de mi interés, el 30 de diciembre de 1800 *Gazeta de Madrid* daba una información relativa a un episodio de la lucha corsaria en aguas gibraltareñas. Lo protagonizaba la lancha cañonera *San Francisco Javier*, alias "el Poderoso", de la matrícula de Tarifa y capitaneada por Miguel Villalba, siendo su dueño y armador un comerciante de Cádiz llamado Juan Barhem. En realidad, parece ser que la embarcación estaba matriculada en el puerto de Algeciras.¹⁰

Según contaba el periódico en la jornada del 2 de diciembre, la nave corsaria estaba fondeada en el apostadero del Tolmo y al rayar el día avistó un bergantín que venía de poniente con rumbo E-SE y se acercó a él para reconocerlo. Cuando se encontraba a tiro y medio de cañón se observó que izaba bandera norteamericana y, por tanto, no era buena presa. Villalba no se fió y siguió acercándose al bergantín hasta que, siendo ya día claro, reconoció que se trataba de un barco de guerra inglés y de superior fuerza a la de su cañonera, por lo que consultó con los oficiales y tripulación si convenía atacar. Movidos todos de amor a la Patria, resolvieron, animosos, emprender un combate.

Los corsarios izaron todas sus velas y llegando a menos de un tiro de cañón de la nave enemiga levantaron la bandera española, al tiempo que sus adversarios viraban, dispuestos a hacerles frente, mostrando un gallardete británico y abriendo fuego de cañón que en breve tiempo destruyó el velamen del *San Francisco Javier*.

Villalba decidió lanzarse al abordaje pero fracasó en un primer intento. Repitió la maniobra sin éxito, sufriendo un muerto por fuego de fusilería y tres heridos. Al fin, en un tercer asalto consiguió apoderarse del bergantín. En aquel momento la pelea se libraba a unas tres leguas al sur del Peñón.

Conseguida la victoria, el capitán corsario dispuso que las dos embarcaciones pusieran rumbo a Ceuta, donde permanecieron varios días reparando sus graves averías hasta que el 24 del mismo mes se hicieron a la mar para cruzar el Estrecho, dejando en tierra algunos heridos. A la una de la tarde echaban el ancla frente a Algeciras.

⁹ A.H.N., sección de Estado, legajo 4197.

¹⁰ Mario L. Ocaña Torres, *El Corso marítimo español en el estrecho de Gibraltar (1700-1802)*, Algeciras 1993, p. 150.

El bergantín de la Royal Navy se llamaba *Pasley* y lo mandaba el teniente de navío Charles D. Nevins. Montaba 18 cañones con 58 tripulantes y las correspondientes armas blancas y de chispa. Había salido de Plymouth el 22 de noviembre con pliegos de su gobierno para Gibraltar, que fueron arrojados al mar.

La nave española tenía 43 tripulantes con un cañón del 24 y dos del 6, que en el curso del enfrentamiento hicieron 36 disparos. En un parte, Villalba alababa la intrepidez y desprecio de la vida con que sus hombres se batieron en las dos horas y media que duró la pelea contra los ingleses que tuvieron un muerto y siete heridos, incluyendo entre éstos al capitán. Destacó por su valentía el condestable Juan de Rey, herido por una bala de fusil en la parte superior izquierda del pecho con salida por un costado que fue uno de los primeros en saltar en el tercer abordaje y peleó hasta el final del enfrentamiento. La cañonera corsaria había iniciado sus actividades a mediados de septiembre del año 1799 y hasta el presente llevaba capturados seis barcos ingleses que sumaban en conjunto 49 cañones y 176 tripulantes.